

Cerro San Pedro: Libro de lectura para niños hecho por niños / *Alumnos del Colegio Madre Admirable de El Agustino.*— Lima: LORESA; 1996.— 52 p.



Uno de los procesos más interesantes que se viene produciendo en la última década es, sin duda, cómo diversos actores toman la palabra para expresar lo que sienten y lo que viven.

Este proceso tiene mucho de riqueza toda vez que actores diversos han dicho su palabra aunque muy pocos la han escrito. Lo han hecho hombres y mujeres sencillos hablando de su propia historia. Pero en estos últimos tiempos se ha buscado que niños y niñas digan la suya: éste es el caso de los muchachos del cerro San Pedro que con un encantador lenguaje nos regalan un conjunto de relatos breves. Todas estas historias tienen como marco de referencia el espacio de la escuela con una alta carga positiva. Y es que el Madre Admirable se ha convertido en una de las experiencias educativas más intensas por la manera como se han ido dando respuesta para educar en situaciones de pobreza, para restituir voces antes alejadas del dominio escrito, y al hacerlo resulta una tentativa que enriquece las maneras del escribir cuando no se es parte de la cultura dominante. La escritura resulta entonces un primer ejercicio que va más allá de la experiencia pedagógica.

Si se nos pidieran algunas características de estos relatos, diríamos que se trata de un conjunto de breves historias que intentan dialogar con el pasado y con lo que ocurre en el ahora del cerro San Pedro. Tendríamos que evidenciar, de hecho, que el castellano que usan no corresponde al estándar costeño; tras la marca escrita hay voces que corresponden a los abuelos en una escritura que intenta desarrollar sus propios códigos. ¿Pero esto descalifica a los relatos de los chicos? De ninguna manera; por el contrario, se trata de la certeza de que surgidos en contextos de discriminación y diversidad cultural, efectivamente la palabra puede ser del dominio de todos y no de unos cuantos.

La brevedad no deja de revelarnos los distintos rostros del cerro de El Agustino en su trama de pobreza y miseria, a pesar del optimismo que uno pueda entreteer en cada uno de los relatos. Tal vez porque para los chicos del cerro San Pedro la leyenda se transita en actos visibles, mejor aún en héroes anónimos y cotidianos, que pasada la epopeya de la conquista de la ciudad se han recluido en el modesto espacio de la sobrevivencia cotidiana.

Valora el pasado en un postulado que al escribirse, construye y afirma: "El hombre para vivir tuvo que trabajar y tuvo que usar lampa y pico para que el hombre pueda vivir en el cerro". De suerte que la certeza se mueve entre la leyenda y la realidad que interpela continuamente.

Me pregunto si en estos escritos de los muchachos de 10 a 14 años se ha trasladado toda la imaginaria de los abuelos. En estos relatos uno tiene la sensación de que estas historias comenzaron atrás. Una historia en la que se equiparan diversos símbolos, tal vez los más importantes sean la equivalencia entre cerro y colegio. ("Ahora el colegio es muy grande [...] el cerro San Pedro también es muy grande"); de alguna manera ambas imágenes suministran ideales de progreso, de lo que transforma y de lo que se puede transformar. El cerro, como se recordará, resulta emparentado con la tradición andina: el cerro San Pedro actúa como tutelar y protector; la escuela como conquista y do-

minio del espacio, como posibilidad de cambios.

Todas estas historias tienen como marco de referencia, he dicho ya, el espacio de la escuela con una alta carga positiva. Escribir ahora es todavía un desafío. El mérito como experiencia pedagógica es precisamente que se ha elaborado un material que habla de los cincuenta años del cerro San Pedro y de su núcleo cultural, el Centro Educativo Madre Admirable; pero es dicha, escrita y pensada desde los niños. Material que al volver al aula o a los vecinos revelará una vez más las posibilidades y la sabiduría del hombre común. Una muestra más de que en tiempos de globalización, cuando pretendemos ser ciudadanos del mundo, no necesitamos renunciar a nuestra tierra, a nuestra cultura. He allí la lección.

Gonzalo Espino Relucé

